

entrar en sí mismo; porque en la alemana Wittenberg había sabido, sin género alguno de duda, sus amores, y estaba en la duda de si debía volverse loco ó cometer un acto de violencia, y porque, sobre todo, como hombre llevaba en sí gran propensión á la locura.

Conocemos á ese Hamlet como conocemos nuestra propia cara, que con frecuencia tal la vemos en el espejo, y que, no obstante, no es menos conocida de lo que pudiéramos creer; pues si encontráramos en la calle á uno que fuera nuestro vivo retrato, miraríamos estupefactos su extraño y, no obstante, bien conocido semblante, de un modo instintivo y con terror secreto, pero sin reparar en que eran los rasgos de nuestro propio rostro los que estábamos mirando (1).

(1) Heine confunde aquí intencionalmente con los de la Ofe-
lia de Shakespeare, una aventura de amor suya.

CORDELIA

(EL REY LEAR)

En esta obra, dice un escritor inglés, hay lazos y trampas para el lector. Esta tragedia, observa otro, es un laberinto en que el comentador se pierde, y hasta puede correr el peligro del minotauro, de ser estrangulado en él; quizá sólo en propia defensa debe usar la vara de medir de la crítica. Y, en efecto, siempre es arriesgada empresa el criticar á Shakespeare, á él, cuyas palabras nos salen siempre al encuentro, riéndose de la crítica más sutil de nuestros propios pensamientos y actos. Es casi imposible juzgarle en esta tragedia en que su genio se eleva en rauda vuelo á las más vertiginosas alturas.

Á las puertas de esta maravillosa fábrica, á la exposición, es á lo único que me atrevo á llegar, que ya basta para producirnos asombro; porque, sobre todo, son admirables las exposiciones de las tragedias de Shakespeare. Por medio de estas primeras escenas de introducción se nos arranca á nuestros sentimientos y pensamientos habituales, y se nos coloca en medio de esos extraordinarios acontecimientos con que el poeta quiere sacudir y purificar nuestra alma. Así comienza la tragedia de Macbeth con el encuentro de las brujas,

y la mágica predicción de éstas, no solamente subyuga el corazón del guerrero escocés, á quien vemos aparecer en la embriaguez de la victoria, sino también nuestro propio corazón de espectadores, que ya no puede sustraerse al encanto hasta que todo se cumple y se termina.

Como en *Macbeth*, se apodera de nosotros desde el principio el vasto y estupefaciente crepúsculo de aquel fantástico y sangriento mundo, nos produce escalofrío el espectáculo del pálido fantasma, en la primera escena de *Hamlet*, y ya no podemos desasirnos de esas pesadillas nocturnas plagadas de visiones, de esa opresión de angustia íntima (1), hasta que todo acaba, hasta que el ambiente de Dinamarca, que estaba saturado de humana podredumbre, vuelve á quedar completamente puro.

Del mismo modo, en la primera escena de *Lear*, inmediatamente nos vemos implicados en el extraño destino que á nuestros ojos se declara, despliega y desencadena. El poeta nos ofrece aquí un drama mucho más espantoso que todos los horrores del mundo de la magia y de los espectros; nos muestra el drama de la pasión humana, que rompe todos los diques de la razón, que rugiendo dentro de la terrible majestad del extravío de un príncipe, rivalizando con su elevada naturaleza, llega al más salvaje desorden. Creo que éste es el límite del extraordinario poder con que Sha-

(1) *Alpdrücken*, opresión del Alp ó Elf, pretendido y legendario fantasma que oprime á los que duermen, según la creencia vulgar alemana.

kespeare, como si jugara con él, sabe siempre dominar, á su arbitrio, un asunto; aquí domina á su propio genio aun más que en las tragedias citadas *Macbeth* y *Hamlet*, pues con artística serenidad, junto á las más oscuras sombras de la noche del sentimiento, sabe pintar las más rosadas luces del ingenio, junto á los actos más feroces la más alegre y tranquila vida.

Si, en la tragedia *Macbeth* sonríenos, por contraste, una naturaleza dulce y alegre; en los frisos de las ventanas de los castillos, donde se cometen los más sangrientos crímenes, anidan las inofensivas golondrinas; en toda la obra se respira un alegre verano de Escocia, sin exceso de calor ni frescura; por doquiera hermosos árboles y verde follaje, y al final, un bosque entero que marcha, el Birman-Wald, que viene hacia Dunsinan. También en *Hamlet* contrasta la amable naturaleza con el sofocante calor de la acción; dura aún la noche en el pecho de los héroes, y ya brilla el sol en torno, por lo menos con crepusculares resplandores; Polonio es un necio divertido. Se representa la tranquila comedia, y la pobre Ofelia se sienta entre las flores, y las teje lozanas en su corona. Pero en *Lear* no domina ninguno de estos contrastes entre la acción y la naturaleza, sino que los desenfrenados elementos aullan y rugen en torno del lecho del enloquecido monarca. ¿Influye también un hecho moral de extraordinario modo sobre esa naturaleza llamada inerte? ¿Existe entre ésta y el sentimiento humano una afinidad exteriormente visible? ¿La ha reconocido nuestro poeta y quiere presentarla?

En la primera escena de esta tragedia nos vemos

transportados, como queda dicho, al foco de los acontecimientos, y con la misma claridad que en el cielo, un ojo experto puede predecir el tiempo futuro. Como que es una nubecilla en la inteligencia de *Lear* la que más tarde se condensa hasta llegar á convertirse en negrísima noche de su espíritu. El que de esta manera lo da todo, está ya loco. Lo mismo que el espíritu del héroe llegamos á conocer el carácter de las hijas ya en la escena de exposición, y se nos revela también la silenciosa ternura de Cordelia, la Antígona moderna, y que aun sobrepuja á su antigua hermana en profundidad íntima de sentimiento.

Sí, es un alma pura, cuya pureza sólo el rey en su locura percibe. ¿Completamente pura? Creo que un sí es no es terca, pero esta faltilla es herencia paterna. El verdadero amor es ruboroso y aborrece las palabras que pueden exhibirle; ella no sabe más que llorar y derramar su sangre. La melancólica amargura con que Cordelia alude á la hipocresía de sus hermanas, es de lo más delicado, y lleva en sí todo el carácter de esa ironía de que solía servirse el Maestro de todo amor, el héroe del Evangelio. Descarga su alma del peso de su justísima indignación y manifiesta al mismo tiempo toda su nobleza en estas palabras:

«En verdad, nunca me casaré como mis hermanas, para amar solamente á mi padre».

JULIETA

(ROMEO Y JULIA)

En efecto, cada obra de Shakespeare tiene su clima especial, su estación del año determinada y sus caracteres particulares de localidad. Como las personas tienen su fisonomía especial, en cada uno de estos dramas también la tienen el cielo y el suelo en ellos visible. Aquí, en *Romeo y Julia*, hemos atravesado los Alpes y nos hallamos de repente en el hermoso jardín, llamado Italia:

¿Viste el país donde el limón florece,
La naranja en la fronda se enrojece?... (1).

Es Verona, la ciudad caldeada por el sol, la que esta vez ha elegido Shakespeare como escenario para los heroísmos del amor que quiso celebrar en *Romeo y Julia*. Sí, no la famosa pareja humana, sino el amor mismo es el héroe de este drama. Aquí vemos aparecer al amor con su juvenil petulancia, pidiendo á todas las

(1) Véase la nota del tomo II, pág. 119, donde está completa la estrofa de Goethe.

Hemos puesto el epigrafe *Julieta*, porque nos es más conocido el nombre de la heroína en su diminutivo italiano.

circunstancias hostiles que le opongan resistencia y vencíendolo todo. Como nada teme, en su descomunal combate, toma á la muerte por su más terrible, pero también más seguro aliado. ¡Y el amor aliado con la muerte es invencible!

¡Oh amor! Él es la más alta y la más triunfadora de todas las pasiones. Su fuerza, domadora del mundo, consiste en su magnanimidad sin límites, en su altruismo casi inconcebible, en su desprecio de la vida y en su anhelo de sacrificio. Para él no existe el ayer ni se piensa en el mañana. Sólo en el hoy concentra sus anhelos, pero éste le desean entero, inabreviable, inextinguible. No quiere dejar nada para lo futuro y desprecia los restos supervivientes del pasado. «Noche ante mí y tras de mí la noche». Es una llama errante entre dos tinieblas. ¿Dónde tomó origen? De una chispa infinitamente pequeña. ¿Cómo acaba? Se extingue sin dejar huella del más inconcebible modo. Cuanto más vivamente arde, tanto más pronto se extingue. Pero esto no le impide abandonarse completamente á su ardiente carrera, como si este fuego hubiera de ser eterno.

¡Ah! Cuando por segunda vez en la vida se siente uno presa de su intensa llama, falta ya, desgraciadamente, la fe en su inmortalidad, y la dolorosa experiencia nos dice que al fin, por sí misma, se extingue. De aquí la diferencia que existe entre la melancolía del primer amor y la del segundo. En el primero pensamos que sólo puede terminar nuestra pasión en trágica muerte, y, en efecto, cuando de otro modo no pueden allanarse las dificultades que á su logro se opo-

nen, nos decidimos fácilmente á bajar á la tumba en compañía del amado. Al contrario, en el segundo amor, tenemos ya la convicción de que nuestros más indómitos y avasalladores sentimientos se cambian con el tiempo en acomodaticia tibieza; que los ojos, los labios, los talles que ahora nos hacen estremecer de placer, habremos de contemplarlos un día con indiferencia. ¡Ah! ¡este pensamiento es aun más melancólico que aquel presentimiento de muerte! ¡Es un irresistible sentimiento el que produce el pensar con prudente austeridad y calma en medio de las más ardientes embriagueces, y saber por experiencia que las pasiones heroicas y llenas de poesía tienen fin tan miserable!

¡Oh, poéticas y heroicas pasiones! Como las princesas de bastidores, se cubren de afeites, se pintan de rojo, se visten ostentosamente, se adornan con deslumbrantes joyas, se pasean altivas y declaman en ritmicos versos. Pero cuando cae el telón, vuelve á vestir la princesa su traje de diario, se quita el colerete de las mejillas, tiene que entregar sus galas al jefe del guardarropa, y se ase vacilante del brazo de cualquier juez municipal que habla un detestable alemán berlinés, sube con él á un desván y bosteza, y éste, con ronca voz, le habla al oído, sin que se perciba más que esta dulce protesta: «Por mi honor, que trabaja usted divinamente».

No es que me atreva á tildar en lo más mínimo á Shakespeare, sino solamente quisiera manifestar mi sorpresa de que haya hecho á Romeo concebir una pasión por Rosalinda antes de llevarle cerca de Julia. A pesar de que se abandona por completo á su segundo

amor, anidase en su alma cierto escepticismo que se manifiesta en irónicas frases, que no pocas veces hacen recordar á Hamlet. O ¿es que el segundo amor es en el hombre más fuerte, precisamente porque puede ser en propia conciencia claramente comparado? (1). En ambos no hay segundo amor, su naturaleza es demasiado delicada para que pudieran soportar por segunda vez tan pavoroso terremoto anímico. ¡Contemplad á Julia! ¿Se hallaría en estado de sobrellevar por segunda vez tal cúmulo inmenso de felicidad y de terror, de solicitar otra vez todas aquellas angustias y obstinaciones, de apurar la terrible copa? Creo que hizo bastante la vez primera esta venturosa infeliz, esta víctima pura de tan gran pasión.

Julia ama por primera vez, y ama completamente sana de alma y cuerpo. Tiene catorce años, es una italiana, lo que equivale á diez y siete años en el Norte. Es un botón de rosa el que los labios de Romeo besan á nuestra vista, y que se despliega en toda su pompa juvenil. No ha aprendido en libros profanos ni religiosos qué cosa es amor; el sol se lo ha dicho, se lo ha repetido la luna, y su corazón ha contestado como un eco, sorprendiendo sin saberlo los secretos de la noche. Pero Romeo está bajo su balcón, oye sus palabras y las toma al pie de la letra. El carácter de su amor es el ser verdadero y sano. La doncella respira salud y

(1) También hay que tener en cuenta que para aumentar esta pasión entran en juego el amor propio por parte Romeo, y que el acicate de los obstáculos la agranda en ambos. —(L. G. A.)

verdad, y es cosa que conmueve á cuantos lo oyen, cuando dice :

Sabes, aunque mi rostro sombras velan,
Que, cual doncella, mi mejilla ardía
Al decirle á la noche lo que oíste.
Fácil me fuera, por pudor, negarte
Lo que dije : mas ¡lejos cumplimientos!
¿Me amas? Bien sé ¡ay! que has de decirlo,
Y te habré de creer; mas, aunque jures,
Puedes serme traidor : de amor perjurios
Diz que Júpiter ríe. ¡Oh, buen Romeo!
Si es que me amas, lealmente dilo;
Mas si me juzgas fácil y liviana,
Ceño pondré y aun te diré no sigas,
Por verte en pos de mí. ¡No á tal me obligues!
Romeo, es cierto, te amo demasiado
Y pienso que has de ser luz de mi vida;
Cree, doncel, que más leal me porto
Que las que afectan ser indiferentes.
Debiera aparentarlo, lo confieso;
Mas lo que oíste, delató ya antes
Mi fiel pasión; por tanto, me perdona :
No tengas por ligero amor que brilla
Y de noche en las sombras se descubre (1).

(1) Acto 2.º, escena 2.ª

DESDÉMONA

(OTELLO)

Ya he hecho notar incidentalmente que el carácter de Romeo tiene algo del de Hamlet. En efecto, cierta seriedad propia del Norte, arroja su toque de sombra sobre este ardiente carácter. Compárense Julia y Desdémona, y se percibirá también en aquélla ese elemento del Norte; en medio de la violencia de su pasión, siempre es dueña de sí; tiene clara conciencia de sí misma, y es señora de sus actos. Julia ama y piensa y actúa. Desdémona ama y siente y está atenta, no á su propia voluntad, sino al impulso del más fuerte. Su excelencia consiste en que en su noble naturaleza no puede ejercer el mal la influencia que el bien. Seguramente hubiera permanecido toda su vida en el palacio de su padre consagrada como una tímida niña á los quehaceres domésticos; pero la voz del moro penetró en su oído, y, aunque bajaba los ojos, vió su rostro en sus palabras, en sus narraciones, ó como ella dice, «en su alma»..., y este sufrido, magnánimo, bello, puro rostro del alma obró en su corazón el irresistible y arrebatador encanto. Sí, tiene razón su padre, su sapientísima señoría el senador Brabantio : la culpa de todo la tenía una poderosa magia que la medrosa y tierna niña sen-

tía emanarse del moro, que disipaba su temor hacia aquella odiosa y negra máscara que la generalidad tomaba por el verdadero semblante de Oteló.

El amor de Julia es activo, el de Desdémona pasivo. Es el girasol que ni aun sabe que siempre vuelve su cabeza hacia el alto lumínar diurno. Es la verdadera hija del Mediodía, tierna, sensible, paciente, como aquellas esbeltas mujeres de grandes y brillantes ojos que se destacan radiantes en la poesía sánscrita, tan amables, tan dulces, tan soñadoras. Siempre me recuerda á la Sacúntala de Kalidasa, el Shakespeare de la India.

El grabador inglés á quien debemos el presente retrato de Desdémona, ha puesto en sus grandes ojos una expresión quizá excesivamente apasionada. Mas creo haber indicado ya que el contraste del rostro y del carácter siempre produce interesante atractivo. En todo caso es este rostro muy bello, y especialmente al autor de estas páginas tiene que agradarle mucho, porque le recuerda la elevada belleza, que, ¡loado sea Dios!, en su semblante jamás tuvo mancha y hasta ahora sólo en su alma ha visto.

Su padre me quería y me obsequiaba;
Saber quiso la historia de mi vida
Año por año, sitios y combates,
Y la suerte que en ellos me cupiera.
A partir de los días de mi infancia,
Llegué al momento en que saberla quiso.
Le referí sucesos desastrosos,
Accidentes narré de mar y tierra

En que á dos dedos de la muerte estuve;
Cuál prendióme enemigo que insolente
Me hizo esclavo y vendió; cómo fui libre.
Hube de hacer la historia de mis viajes:
De vastos antros y arenales muertos,
Montañas cuya cumbre al cielo llega (1),
Tuve que hablar, y aun que añadir noticias
Del caníbal que uno á otro se devora,
De antropófagos y hombres que les crece
Al nivel de los hombros la cabeza.
Esto oír á Desdémona gustaba;
Descuidaba domésticos quehaceres
O dábase más prisa en terminarlos
Para acercarse á regalar su oído
Con mis discursos; observélo. Un día
Que más de una hora hablé, buscó ella medio
De rogar, seriamente interesada,
Mi peregrinación le repitiera,
Porque á intervalos sólo pudo oirla,
Y esto sin intención. Consentí en ello.
Lágrimas tiernas vi que derramaba
Al referirle dolorosos lances
Por que, aun joven, pasé. Mi historia acabo
Y un mundo de suspiros da á mis penas.
«¡Qué extraña historia! — dice — ¡Más que extraña!
¡Qué lastimosa! ¡Extraña y lastimosa!»

(1) Shakespeare dice, según mi texto. «The Globe Edition. Philadelphia J. B. Lippincott et C^o», *Rough quarries, rocks and hills whose heads touch heaven*: Escarpadas canteras, rocas y colinas cuyas cumbres llegan al cielo. Esto traduce también Heine en dos versos.

No haberla oído deseó, y que el cielo
 Depárele hombre así. Las gracias dióme,
 Me rogó, si un mi amigo la quisiera,
 Y á contarle mi historia le enseñaba,
 Á pretenderla fuese. De esto hablamos.
 Por los peligros que corré me ama,
 Y yo la amo, pues piedad le inspiran (1).

Esta tragedia debe ser uno de los últimos trabajos de Shakespeare, á *Tito Andrónico* la he considerado como su primera producción. Aquí, como allí, se trata, sobre todo, de la pasión de una mujer hermosa por un aborrecible moro. El hombre maduro vuelve otra vez al problema que ya en su juventud le preocupara. ¿Ha encontrado realmente ahora la solución? ¿Es esta solución tan verdadera como bella? Sombria tristeza se apodera de mí muchas veces, cuando cedo al pensamiento de que quizá el honrado Yago no anduviera del todo descaminado en su mala glosa referente al amor de Desdémona hacia el moro. Al contrario, me conmueven extraordinariamente las observaciones de Othello acerca de las húmedas manos de su esposa.

Precisamente un ejemplo tan aventurado y significativo de amor hacia un moro, como los que vemos en *Tito Andrónico* y *Othello*, se encuentra en las *Mil y una noches*, en donde una bella princesa, que al mismo tiempo profesa la hechicería, tiene á su marido amarrado y rígido como una estatua y le apalea todos los días por haber dado muerte á su amado, que era un

(1) Acto 1.º Escena 3.ª

horrible negro. Desgarran el corazón los lamentos de la princesa al lado del negro cadáver, al que por medio de sus mágicas artes sabe dotar de una especie de apariencia de vida, y al que cubre de desesperadísimos besos, y aun por medio de una magia más grande, la del amor, pudiera despertar al semidifunto al completo goce de la vida real. De muchacho me dejó ya absorto, al leer el cuento árabe, este cuadro de doloroso é inconcebible amor.

JESIKA

(EL MERCADER DE VENECIA)

Cuando vi representar en Drurylane esta obra, en una butaca, detrás de mí, vi á una bella y pálida inglesa que, al final del cuarto acto, lloraba desesperadamente y exclamaba á intervalos: *The poor man is wronged!* (¡El pobre hombre está ofendido!) Tenía un semblante del más nobilísimo corte griego, y sus ojos eran negros y grandes. ¡Nunca he podido olvidar aquellos grandes y negros ojos que lloraron por Shylock!

Pensando en aquellas lágrimas debo contar al *Mercader de Venecia* entre las tragedias, aunque el marco de la obra esté provisto de alegres máscaras, cuadros satíricos y amorios, y aunque el autor en realidad haya querido hacer una comedia. Quizá se propuso Shakespeare regocijar á la muchedumbre presentándole enjaulado un hombre-lobo, un jarulfo, fabulosa y aborrecida criatura sedienta de sangre, y burlarse de él porque, á guisa de expiación, se queda sin ducados y sin hija. Pero el genio del poeta, el espíritu cosmopolita que en él domina, va más allá del alcance de su público, y así ocurre que en Shylock, además de la ridícula caricatura, está expuesta la justificación de una secta infeliz castigada por la providencia, por mis-

teriosas razones, con el odio del pueblo, tanto en sus clases ínfimas como elevadas, y este odio no siempre con amor puede pagarse.

Pero, ¿qué digo? El genio de Shakespeare se eleva por encima de las rencillas de los partidarios de ambas creencias, y su drama nos muestra en realidad, no al judío ni al cristiano, sino al opresor y al oprimido; nos hace oír los gritos de júbilo doloroso y loco de este último cuando puede reembolsar con usura á sus presuntuosos atormentadores sus acumulados sufrimientos. No aparece en él la huella más insignificante de la cuestión de diferencias religiosas, y Shakespeare no presenta en Sylock más que un hombre á quien la naturaleza manda odiar á su contrario, como en Antonio y sus amigos no pinta en manera alguna á los discípulos del divino Maestro, que nos manda amar á nuestros enemigos. Cuando Shylock dice al que quiere que le preste dinero á rédito, estas palabras :

Signor Antonio, varias, muchas veces,
Insultado me habéis en el Rialto
Á causa de mi oro y mis usuras;
De hombros me encogí, y callé sufrido;
De nuestra raza es el sufrir la herencia.
Me llamasteis herético y verdugo,
Y escupisteis mi hebraica gabardina,
Todo porque uso bien de lo que es mío.
Está bien; hoy mi auxilio es necesario,
Eso es; vais á mi casa. ¿Á qué? Á decirme :
«Sylock, queremos oro». Decirlo osa
El que escupió en mis barbas, insolente,

Y de su casa me arrojó cual perro
Se arroja á puntapiés. ¡Queréis moneda!
¿Qué os debo contestar? Decir no debo :
«¿Un perro tiene oro? ¿Le es posible
Acaso á un can prestar tres mil ducados?»
Ó bien debo cual siervo así inclinarme
Humilde, balbuciente y aturdido
Decir : «Señor, el miércoles pasado
Me escupisteis; me disteis otro día
Con vuestro pie y aun me llamasteis perro;
Correspondiendo á tanta cortesía,
¿Cuánto dinero os plaza he de prestaros?»

Contesta Antonio :

Fácil me fuera aun otra vez llamártelo,
El escupirte y con mis pies lanzarte (1).

¡He aquí la caridad cristiana! En verdad que Shakespeare hubiera hecho una sátira contra el cristianismo, si le hubiera querido representar por las personas que tal enemiga tienen contra Sylock, porque después de todo apenas sirven para descalzarle el zapato. Antonio, el banquero en quiebra, es un espíritu sin energía, sin fuerza para aborrecer y también sin fuerza para amar, un corazón de gusanillo, sin transparencia, cuya carne realmente no podría servir para nada mejor que para «cebo de peces». Además, no devuelve al engañado judío la suma de tres mil ducados que pres-

(1) Acto 1.º, escena 3.ª

tara. Tampoco Bassanio le devuelve á él el dinero, porque, según la frase de un crítico inglés, es un verdadero cazador de fortunas (1); pues toma dinero á préstamo para rodearse de algún lujo, hacer una rica boda y embolsarse un cuantioso dote; dice á su amigo:

No os es desconocido, amigo Antonio,
Lo mucho que mi hacienda malgastara
Anhelando arribar á mejor puerto
Hasta donde mis medios permitían.
No me voy á quejar de lo que hiciera
Por tal deseo; mi mayor cuidado
Es el salir con honra de las deudas
Que en el tiempo en que fui sobrado pródigo
Tuve que contraer (2).

En cuanto á Lorenzo, es cómplice de uno de los más infames robos domésticos, y con arreglo á las leyes de Prusia, tenía la pena de quince años de prisión correccional, ser marcado á fuego y expuesto á la pública vergüenza; aunque éste, no sólo por los ducados y joyas robadas, sino también por las bellezas naturales y paisajes á la luz de la luna, es susceptible de ser puesto en música. Respecto á los otros nobles venecianos que vemos aparecer acompañando á Antonio, no parecen tampoco aborrecer mucho el dinero, y para su pobre amigo, cuando le ven sumido en la desgracia, no tienen otra cosa que palabras, aire amonedado.

(1) *Fortune-hunter.*

(2) Acto 1.º, escena 1.ª

Nuestro buen pietista Francisco Horn hace respecto de este asunto una trivial, pero completamente exacta observación: «Aquí se le ocurre á uno preguntar: ¿cómo es posible que llegara á tanto la desgracia de Antonio?»

Toda Venecia le conocía y estimaba, todos sus buenos amigos sabían con exactitud los términos de la terrible obligación, y que el judío no consentiría en que se borrara un punto de ella. No obstante, dejan transcurrir un día tras otro, hasta que al fin han pasado los tres meses, y con ellos toda esperanza de salvación.

También hubiera sido muy fácil á aquellos buenos amigos, que parecen enteramente constituir un haz en torno del regio comerciante, reunir la suma de tres mil ducados para salvar la vida de un hombre, aun la de un cualquiera; pero esto es siempre un pcco molesto, y así hacen los amigos queridos, precisamente porque no son más que amigos, ó si se quiere, medio amigos ó tres cuartos de amigos, es decir, nada, nada y nada. Compadecen íntimamente al excelente comerciante, que les disponía antes tan hermosas fiestas, pero con la conveniente comodidad; dirigen inventivas á Shylock hasta donde el corazón y la lengua se lo permiten, lo que, en todo caso, podían hacer sin peligro alguno, y piensan, al fin, todos unánimes que tienen que cumplir los deberes de la amistad.

Cuanto más aborrezcamos á Shylock, tanto menos tenemos que censurarle el que desprecie un poco á esta gente, en lo que tal vez hacía bien. Sí, hasta parece, por último, confundir á Graciano, que disculpa su ausencia, con aquéllos y confundir á todos en un mis-

mo calificativo, cuando opone la primitiva inacción á la verbosidad presente en esta tajadora respuesta :

Mientras no borres de mi escrito el sello
Te cansarás en vano hablando á gritos.
A tu genio recurre ó caerá, joven,
Por tierra todo. Estoy en mi derecho. (1).

¿O habrá que considerar quizá á Lancelot Gobbo como representante del cristianismo? En ninguna parte se ha explicado Shakespeare tan claramente acerca de esto, como en un diálogo que este criado sostiene con su ama. A la frase del Jessika:

«Me salvaré, gracias á mi marido que me ha hecho cristiana».

Contesta Lancelot Gobbo:

«A la verdad, es eso muy censurable. Ya éramos antes bastante cristianos, precisamente cuantos podían vivir bien, unos al lado de otros. Esa manera de hacer cristianos va á motivar la carestía de la carne de cerdo; y aunque todos nos dedicásemos á venderla, no tendríamos dentro de poco un torrezno en las ascuas por moneda». (2).

Verdaderamente, á excepcion de Porcia, es Shylock el personaje más respetable de toda la obra. Ama el oro, pero no disimula este amor, le confesaría á gritos en la plaza pública. Pero hay algo que estima aún más que el dinero, y esto es la reparación de las injurias que laceran su corazón, el derecho de devolver una á

(1) Acto 4.º, escena 1.ª

(2) Acto 3.º, escena 5.ª

una las indecibles ofensas recibidas, y aunque le ofrecen diez veces la suma prestada, replica que ni los tres mil ni los diez veces tres mil ducados siente perder si con ellos compra una libra de carne del corazón de su enemigo. ¿Qué harás con esa carne? — le pregunta Saladino. Y él contesta:

«Cebat peces. Si nadie se alimenta con ella, se alimenta con ella mi venganza. Me ha ofendido y retenido medio millón; se ha reido de mis pérdidas y burlado de mis ganancias; ha despreciado mi raza; se ha cruzado en mis contratos, enfriado á mis amigos y encendido á mis enemigos. ¿Cuál es la razón de todo esto? Que soy un judío. ¿Un judío no tiene ojos? ¿No tiene un judío manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos y pasiones? ¿No se alimenta con los mismos manjares, es herido con las mismas armas, está sujeto á las mismas enfermedades, y es curado por los mismos medios, caldeado y enfriado por el mismo verano é invierno que un cristiano? Si nos punzáis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no reimos? Si nos envenenáis, ¿no morimos? Y si nos ofendéis, ¿no hemos de vengarnos? Si en lo demás nos asemejamos á vosotros, también debemos asemejarnos en esto. Si un judío ofende á un cristiano ¿cuál es su humildad? La venganza. Si un cristiano ofende á un judío ¿cuál debe ser su sufrimiento según el ejemplo del cristiano? Pues, la venganza. Vosotros me ensañáis la villanía, yo la ejecutaré; si soy más duro, es que quiero sobrepajar á mis maestros». (1).

(1) Acto 3.º, escena 1.ª

No, Shylock ama el dinero, pero hay cosas que ama más aún, entre otras su hija, «Jessika, mi niña». Aunque en el colmo de su ira la maldice y desea verla muerta á sus pies con las joyas en las orejas y los ducados en el féretro, la ama aún más que á los ducados y las joyas. De la vida pública, de la Sociedad cristiana, vuelve al estrecho espacio de su casa, asilo de su felicidad doméstica, sí, porque al pobre judío sólo le restan las afecciones de familia, y éstas han huído de su lado llevándose consigo la tranquilidad de su hogar. La turquesa, el anillo que un día le regalara su esposa, su Lea, no los hubiera él dado «por un bosque de monos». Cuando en la escena del juicio dice Bassanio á Antonio las siguientes palabras :

«Antonio, soy casado, y á mi esposa
Amo aun mucho más que á mi existencia;
Existencia, mujer, el mundo todo,
Menos caros me son que lo es tu vida.
Todo lo diera, sí, y sacrificara,
De este demonio sólo por librarte».

A las que Graciano añade:

«Tengo una esposa á quien os juro que amo;
Quisiérala en el cielo, si pudiera
Desde él domar el odio del judío».

se despierta en Skylock la angustiada idea de la futura suerte de su hija, que se ha casado con uno de aquellos hombres que se atreven á sacrificar sus mujeres á

sus amigos, y no alto, sino «aparte», dícese á sí propio:

¡Qué cristianos esposos! Tengo una hija
¡Que de la estirpe de Barnabas sea,
Su marido prefiero que un cristiano! (1).

Este pasaje, esta frase á media voz, es la base del juicio condenatorio que debemos emitir acerca de la bella Jessika. No era un padre sin amor al que olvidaba, al que hacía traición. ¡Qué vergonzosa traición! Hace causa común con los enemigos de Shylock, y cuando éstos en Belmonte dirigen toda clase de invectivas contra él, no baja Jessika los ojos, no palidecen los labios de Jessika, sino que Jessika es la que peor habla de su padre. ¡Qué horrible frivolidad! No tiene sentimientos, sólo tiene espíritu aventurero. Se aburría en la rigurosamente cerrada, en la «honrada» casa del amargado judío, que al fin llegó á parecerle un infierno. Atraían en extremo su frívolo corazón los alegres sonos del tamboril y de la flauta travesera.

¿Quiso Shakespeare pintar en ella una judía? Probablemente no; pinta solo una hija de Eva, una de esas hermosas aves que, en cuanto llegan á volar, transponen el nido paterno en pos del hombre amado. Así siguió Desdémona al moro é Imogen á Póstumo. Es costum-

(1) Acto 4.º, escena 1.ª. Hemos preferido en el 2.º verso del aparte de Shylock el nombre *Barnabas* más exacto; que usa Heine, al vulgar *Barrabas* del texto de Shakespeare, corrupción parecida á la del *Miramamolín* de nuestra historia por *Emir-al-mumenín* (principes de los creyentes), y otras.

bre femenina. En Jessika es especialmente digno de notarse cierto tímido reparo que no puede dominar, cuando tiene que presentarse embarazada. Quizá en este rasgo se pudiera reconocer esa castidad singular propia de su raza, que tan admirable encanto presta á sus hijas.

La castidad de los judíos acaso es consecuencia de la oposición que desde remotos tiempos hicieron á aquella sensualidad oriental y á aquellos sensuales servicios que un tiempo estaban en todo su apogeo entre sus vecinos los egipcios, fenicios, asirios y babilonios, y se han mantenido en perpetua transformación hasta hoy. Los judíos son un pueblo casto, inclinado á la abstinencia, casi pudiera decir: un pueblo abstracto, y que en cuanto á pureza de costumbres es el más próximo á la raza germánica. La castidad de las mujeres quizá no tiene aprecio en absoluto entre judíos y germanos, pero cuando aparece, causa la impresión más amable, graciosa y aun conmovedora. Conmover hasta hacer derramar lágrimas es, por ejemplo, cuando después de la derrota de cimrios y teutones, las mujeres mismas imploran de Mario que las entregue como esclavas, no á sus soldados, sino á las sacerdotisas de Vesta.

Es, en efecto, notable la íntima afinidad que existe entre ambos pueblos judío y germano respecto de la castidad. Esta afinidad no tiene por fundamento causas históricas, porque casi casi la Crónica de las grandes familias judaicas, la Biblia, sirviera de libro educativo á todo el mundo germánico, ó porque judíos y germanos, desde muy antiguo, los más inconciliables

enemigos de los romanos, fueron por ello sus naturales aliados; tiene una causa más honda, y ambos pueblos son originariamente tan semejantes, que se pudiera considerar la Palestina de otros tiempos como una Alemania oriental, como pudiera tenerse á la Alemania de hoy por la patria de la palabra divina, por la tierra madre del profetismo, por la fortaleza de la espiritualidad pura.

Pero no es solamente Alemania la que tiene la fisonomía de Palestina, sino que también el resto de Europa se elevó hasta los judíos. Digo que se elevó, porque los judíos llevaban ya en sí, en sus comienzos, el principio moderno que solamente hoy se ha desplegado visiblemente en los pueblos europeos.

Griegos y Romanos se adhieren con entusiasmo al suelo, á la patria. Los inmigrantes del Norte que invadieron el mundo griego y romano, se adhieren á la persona de su caudillo, y en lugar del antiguo patriotismo entra en la Edad Media la fidelidad del vasallo y la dependencia de los príncipes. Pero los judíos, desde remotos tiempos, se adhieren sólo á la ley, al pensamiento abstracto como nuestros nuevos republicanos *cosmopolíticos*, que no consideran como lo más alto la tierra en que nacieron ni la persona de los príncipes, sino las leyes. Sí, el cosmopolitismo brotó propia y completamente de la tierra de Judea, y Cristo, el que, á pesar del disgusto del hamburgués citado al principio de estas páginas, era judío real y efectivo, fué el que, con toda propiedad hablando, dió origen á la propaganda de la ciudadanía universal. En lo que se refiere al republicanismo de los judíos, recuerdo haber

leído en Josefo que hubo republicanos en Jerusalén que se opusieron á las ideas monárquicas de los herodianos, pelearon valerosísimamente, á nadie dieron el nombre de *Señor*, y aborrecieron rabiosísima aunque secretamente el absolutismo romano; libertad é igualdad era su religión. ¡Qué desatino!

Pero ¿cuál es la última razón de ese odio que hasta el presente observamos en Europa entre los adeptos de la ley mosaica y los de la doctrina de Cristo, y del cual el poeta nos ha presentado un terrible cuadro en el *Mercader de Venecia* mediante esa intuición de lo general en lo particular? ¿Es el primitivo odio entre hermanos que ya desde la creación del mundo vemos encenderse á causa de diferencias de culto entre Caín y Abel? ¿O, después de todo, la religión es sólo un pretexto, y los hombres se odian por odiarse, como por amarse se aman? ¿Cuál de ambos contendientes es el culpable de esta querrela? Para contestar á esa pregunta me veo en el caso de insertar un pasaje de una carta particular que justifica también á los contrarios de Shylock :

«No condeno el odio con que el vulgo persigue á los judíos; condeno sólo los desdichados errores que le engendraron. El pueblo siempre tiene razón en la cosa; su odio como su amor obedece siempre en el fondo á un instinto completamente certero, sólo que no sabe formular rectamente sus sentimientos, y en lugar de encaminar su odio contra la cosa, lo encamina por regla general contra la persona, contra el inocente odre de pecados, según las circunstancias de lugar ó tiempo. Padece el pueblo escasez, le faltan medios de

subsistencia, y aunque el sacerdote de la religión del Estado les asegura «que en la tierra se está para sufrir y para obedecer á pesar del hambre y sed de justicia», el pueblo tiene secreta y viva inclinación hacia los medios de los ricos, y por esto odia á los que los acumulan en bolsas y cajas; odia á los ricos, y se alegra cuando la religión le permite manifestar á sus anchas este sentimiento. El vulgo odió siempre en el judío no más que al poseedor de dinero; siempre fué el acuñado metal el que encendió el relámpago de su cólera contra los judíos. No obstante, el espíritu de cada época asignó una razón á este odio. En la Edad Media llevaba ésta el obscuro color de la Iglesia Católica y se golpeó, mató y saqueó sus casas á los judíos, «porque crucificaron á Cristo», completamente con la misma lógica con que en Santo Domingo algunos negros cristianos en la época de la matanza (1) de blancos corrían con una imagen del Salvador crucificado y gritaban fanáticamente: «Los blancos le mataron, matemos á los blancos» (2).

»Amigo mío, se ríe usted de los pobres negros; yo le aseguro que los plantadores de las Indias occidentales no se reían entonces, y fueron asesinados en expiación de la muerte de Cristo, como algunos siglos antes los judíos europeos. Pero los negros cristianos de Santo Domingo tenían también razón en la cosa. Los blancos vivían ociosos, en la abundancia de todos los bie-

(1) En el original, massacre.

(2) En el original, *Les blancs vont tué, tuons nous les blancs!* por ser esta lengua la que hablan los negros de Haiti.

nes, mientras el negro tenía que trabajar para ellos, con el sudor de su rostro negro, y no recibía como recompensa más que un poco de harina de arroz y muchos latigazos; los negros eran el vulgo.

»Ya no vivimos en la Edad Media, también se ha ilustrado el vulgo y ya no golpea y mata á los judíos ni embellece su odio con la religión; nuestra época no es ya tan sencilla y fervorosamente creyente; la tradicional querrela se reviste de modernas formas y el pueblo, lo mismo en los satabancos que en las Cámaras de diputados, declama contra los judíos con argumentos mercantiles, industriales, científicos y hasta filosóficos. Sólo algunos astutos cocodrilos dan todavía hoy á su odio colorido religioso y persiguen á los judíos en nombre de Cristo; la inmensa mayoría confiesa francamente que sólo se trata en el fondo de intereses materiales, y quiere impedir á los judíos, por todos los medios posibles, el ejercicio de sus aptitudes industriales. Aquí, en Francfort, por ejemplo, sólo se permite casar anualmente á veinticuatro adeptos á la fe mosaica, con lo que su población no aumenta y no puede hacer una excesiva competencia á los comerciantes cristianos. Aquí está la verdadera razón del odio á los judíos, con su verdadero rostro á la vista; no tiene aspecto alguno de ardiente fanatismo monacal, sino que es la pusilánime preocupación declarada de un tendero que se angustia ante la posibilidad de que remonte su vuelo por doquiera el espíritu mercantil israelita.

»Pero ¿es culpa de los judíos el que este espíritu de los negocios se haya desenvuelto en ellos de un modo tan temible? Toda la culpa está en aquella sinrazón

con que en la Edad Media se desconoció la importancia de la industria y se consideró el comercio como cosa innoble, y hasta como ignominiosos los asuntos de dinero. Por esta razón la parte más lucrativa de esta rama de la industria, los negocios en metálico, cayeron en manos de los judíos, y así éstos, á quienes estaba prohibido dedicarse á todas las demás industrias, necesariamente habían de hacerse los más refinados comerciantes y banqueros. Se les obligó á hacerse ricos y se les odió después á causa de su riqueza; y aunque ahora ha desechado la cristiandad su prejuicio contra la industria, y los cristianos han llegado á hacerse en ella y en el comercio tan fulleros y tan ricos como los judíos, no obstante continúa el tradicional odio popular contra éstos últimos, porque el pueblo sigue viendo en ellos á los representantes de los adinerados y les odia. Vea usted, en la historia del mundo cada cual tiene razón, lo mismo el martillo que el yunque.»